

CHEMINEAU (*mirando á Vaillant*).

¡Pues es raro! La manera de andar, el aspecto; ¡pues si es usted más militar que todos los militares!...

VAILLANT

Sí, he jugado á los soldados ya que no podía hacer otra cosa... (*sonriendo*.) En la Dirección me llaman todos el comandante.

CHEMINEAU (*saludando militarmente*).

Pues entonces, mi comandante, póngase usted en mi lugar. No hago más que cumplimentar una orden... El Sr. Astier encuentra un arrendatario que le da diez mil francos, es decir, ocho mil francos más de lo que pagaba la señora Causade. Que se quede ésta con el inmueble, si quiere; pero que pague lo que da el otro.

VAILLANT (*golpeando con el bastón encima de un mueble*).

Pero ¡con dos mil de á caballo! no hemos explicado á usted que lo que sucede... Ya sabe usted que eso sería la ruina para esas pobres gentes.

ESCENA VII

DICHOS Y PABLO ASTIER

PABLO ASTIER

¿Qué es eso? ¿De qué se trata? Servidor de ustedes, señores.

VAILLANT (*á Antonino*).

Habla.

ANTONINO (*asustado*).

No, no; usted...

VAILLANT

¡Bueno! La cosa es la siguiente, señor Astier. Cuando el padre de este muchacho, mi antiguo amigo Caussade...

PABLO ASTIER (*interrumpiéndole*).

Ya sé... la casa Caussade, que vende relojes, bronce y objetos de arte, calle de la Perla, núm. 18. Conozco la historia.

VAILLANT (*con acento de tristeza*).

No la conoce usted toda, y le ruego me permita que le lea una carta, ya antigua. (*A Antonino.*) ¿Lo consientes tú, hijo mío?

ANTONINO (*en voz baja*).

Léala usted

VAILLANT (*leyendo una carta que ha sacado del bolsillo*).

«Vaillant, amigo mío...» (*Interrumpiéndose.*) De esto hace ya ocho años: era yo entonces administrador de Correos de Mousseaux. (*Leyendo.*) «Vaillant, amigo mío, me ocurre una cosa muy triste; tenía unas mercancías en depósito y he dispuesto de ellas para hacer frente a un vencimiento. Está mal hecho; pero ¿qué quieres? la vida es así; demasiado dura para nosotros los comerciantes pobres. Cogidos entre los obreros y los grandes industriales, no tenemos manera de defendernos... En resumen, si antes de las doce del día de hoy no he devuelto el importe de esas mercancías, presentarán a los Tribunales una demanda contra mí. Son las once, no he encontrado dinero, y prefiero morir. Cuando yo haya muerto no se atreverán a demandarme, y el apellido de mis hijas no se verá manchado por una condena. A ti, que tanto has hecho por nosotros...»—Que he hecho tanto...

¡pobres gentes!—«quiero dirigirme (y sólo á ti) para suplicarte que pienses algunas veces en mi mujer y en esos hijos queridos á quienes dejo. Procura, sobre todo, que Antonino, tu ahijado, acabe sus estudios y que no se dedique jamás al comercio. El comercio es peor que el presidio. Abracémonos por última vez, amigo mío, y...» *(Con violencia.)* Y lo hizo como lo escribí. *(Momento de silencio. Vaillant dobla la carta y se enjuga los ojos. Antonino ha vuelto la cabeza para disimular su emoción. El anciano continúa:)* En estas circunstancias, la señora Duquesa, cuyo magnánimo corazón conocen ustedes perfectamente, señores...

CHEMINEAU

Consintió en hacer un contrato de arrendamiento irrisorio...

VAILLANT

El cual ha permitido que la pobre viuda pague todas sus deudas y eduque á sus tres hijos...

ANTONINO *(á media voz, limpiando con el pañuelo los cristales empañados de sus gafas).*

Usted le ha ayudado mucho, padrino.

VAILLANT

¡Calla! Hé hecho lo que tu padre quería; que no fueses comerciante.

PABLO ASTIER

Pues, sin embargo, el comercio es una cosa buena; pero es preciso tener aptitud para los negocios, y el pobre señor Caussade...

ANTONINO *(con sorda cólera).*

Se mató por sus hijos.

VAILLANT

Lo cual me parece de bastante aptitud para los negocios de honra.

ANTONINO

¡Pobre padre mío! Si siquiera hubiera tenido... el... el... en fin... ¿no es cierto?

CHEMINEAU

Eso es precisamente lo que le faltó, joven.

PABLO ASTIER (*á Vaillant, señalando á Antonino*).

¿El señor es médico?

VAILLANT

Jefe del laboratorio de química en el hospital de la Caridad, muy sabio, muy bien reputado; pero apenas gana con qué vivir, y aún no puede ayudar á su madre. Por eso nos dirigíamos á usted, señor Astier.

CHEMINEAU

Pero, amigo mío, lo que ustedes nos

piden es una renta de mil doscientos francos.

VAILLANT

Lo que pedimos es el cumplimiento de una promesa: la señora duquesa de Padovani me ha dicho á mí mismo, á la puerta del palacio de Mousseaux, que mientras ella viviese...

PABLO ASTIER

No conozco á la duquesa de Padovani; pero tengo plenos poderes de la señora de Astier, mi mujer, para la administración de sus bienes, y me parece que el contrato de arrendamiento que termina ahora, no es renovable en esas condiciones. Además, ¿saben ustedes si ese dinero no nos hace falta á nosotros?

VAILLANT (*sonriendo*).

¡Oh, caballero!

PABLO ASTIER

Además, que el negocio no tiene entrañas. En estos asuntos no hay más ley que la de Darwin. (*A Antonino.*) Usted que es hombre de ciencia, conocerá seguramente esa hermosa fórmula de «la lucha por la existencia».

ANTONINO

Sí. Nacen más individuos de los que pueden vivir... el... el... en fin: exterminame ó te extermino.

PABLO ASTIER (*sonriendo*).

Esa es la ley natural, y su aplicación me parece perfectamente indicada en este caso.

VAILLANT

No nos queda más que apelar á la señora de Astier para recordarle la pa-

labra empeñada por la duquesa de Padovani.

PABLO ASTIER

Como ustedes gusten; pero creo que perderán ustedes el tiempo y el dinero del viaje. (*Se saludan. Antonino y Vaillant se van por el foro.*) Señores...

VAILLANT

Caballero...

ESCENA VIII

PABLO ASTIER, CHEMINEAU

CHEMINEAU

¿Por qué has salido? Me iba muy bien sin ti.

PABLO ASTIER

Tenía curiosidad por ver...

CHEMINEAU

¿Al novio?... Eso es una crueldad (*riendo*). Pero eres el diablo; te dedicas ahora á detener los coches de boda. ¿Las necesitas ahora con padrino y ramito de azahar?

PABLO ASTIER

Hijo, las mujeres son asombrosas. No es mal parecido ese muchacho, trabajador, inteligente.

CHEMINEAU

Un poco premioso de palabra. El...el... en fin... ¿no es cierto?

PABLO ASTIER

Sí, muy tímido, como todos los orgu-

llosos que han sido desgraciados en su infancia; pero el casamiento lo hubiera despertado. Todo estaba ya convenido entre las dos familias...; los jóvenes se adoraban, y, sin embargo, no tuve que hacer más que una indicación...

CHEMINEAU

¿Por qué la hiciste? ¿Te gustaba mucho la muchacha?

PABLO ASTIER (*sonriendo*).

En aquel momento servía á maravilla para mi pequeña *combinazione*, como dice nuestro amigo el conde de Adriani, el guardia noble... una piedra para mi honda; la mujer no ha sido nunca otra cosa entre mis manos.

CHEMINEAU

Entonces... ¿su boda?

PABLO ASTIER

Ya supondrás que no se ha hablado más de eso.

CHEMINEAU

Y el... el... en fin... ¿No es cierto?

PABLO ASTIER

Pues ya lo has visto, que no parece estar muy satisfecho.

CHEMINEAU *(con admiración)*.

¡Qué buena pieza eres!... Pero vamos á ver, explícame... Cuando quieres conseguir los favores de una muy bonita ó muy... *(sin atreverse á decir muy rica)* ¿cómo te las compones?

PABLO ASTIER *(sonriendo)*.

Ya lo dijo el poeta; no hacen falta filtros sutiles para hacerse amar de las bellas. Basta con amarlas.

CHEMINEAU

Pero tú no las amas.

PABLO ASTIER

Pero lo finjo, lo cual me permite conservar toda mi sangre fría. Digo lo que se debe decir; tengo mi repertorio, muy corto y siempre el mismo: «alma mía, flor, estrella.» Porque mira, hijo mío, la mujer se halla todavía en pleno romanticismo; hasta se me figura que se ha hecho más romántica, más sentimental, á medida que el hombre se hace más feroz y la vida más dura.

CHEMINEAU

¡Ah! Bien podías transmitirme un poco de esa ciencia tuya, para que yo me buscase pronto una buena dote y comprara la escribanía del bueno de Boutin, en la cual me consumo como pasante hace ya diez años.

PABLO ASTIER

Voy á decirte. A ti lo que te perjudica para con las mujeres es tu carácter bur-lón; te ríes, y es necesario no hacer eso; la pasión no bromea nunca, y lo que más las asusta es la ironía...

CHEMINEAU

¿Soy yo irónico?

PABLO ASTIER (*variando bruscamente de tono*).

Volvamos á nuestros cálculos. Una vez vendido y pagado todo, ¿cuánto nos quedará, según tú?

CHEMINEAU (*á media voz y como quien repasa una lección*).

«Alma mía... flor... estrella...» (*Alto*.)
Cuento con una renta de treinta ó treinta y cinco mil francos, incluyendo tu asignación de diputado.

PABLO ASTIER

Lo que yo decía... la miseria... Sí, sí, la miseria... Cuando nos casamos, hace dos años, mi mujer tenía seiscientos mil francos de renta; está acostumbrada á la vida que se hace con ese dinero, y yo también. ¿Qué va á ser de nosotros ahora? Pordiosero de la política menuda, hambriento, necesitado...

CHEMINEAU

¿A quién diablos se le ocurre especular teniendo esa fortuna?

PABLO ASTIER (*tomando un cigarrillo de la cigarrera*).

Aquí me tienes ahora con mi Duquesa... ¡Buen negocio he hecho! (*Enciende el cigarro*.) Un estorbo y una cosa que nada vale.

29896
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CHEMINEAU

¡Un estorbo! ¡Es mucho decir!

PABLO ASTIER

Cincuenta años.

(Ofrece un cigarrillo á Chemineau).

CHEMINEAU

El hecho es que la Duquesa... la señora de Astier, ha variado mucho desde que se casó; ha envejecido diez años en dos; pero, en definitiva, pocas mujeres tienen tanto aspecto de gran señora como la tuya. Los trajes elegantes le sientan muy bien *(sonriendo)*. Cuanto á lo demás, es verdad que á tu edad y en tu posición, no te costaría gran trabajo encontrar una rica heredera.

PABLO ASTIER *(brutalmente)*.

Ya la tengo. *(Bajando la voz.)* Esto en reserva, á ti solo. Tiene veinte años,

es judía, huérfana, formidablemente rica y no espera más que mi divorcio...

CHEMINEAU

Desgraciadamente, te repito que tu mujer no se divorcia.

PABLO ASTIER

Pero ¿por qué razón?

CHEMINEAU

En primer lugar, porque sigue enamorada de ti.

PABLO ASTIER

¿Crees tú?...

CHEMINEAU

Estoy seguro de ello.

PABLO ASTIER *(sonriendo)*.

Entonces será fácil decidirla.

CHEMINEAU

¿A qué? ¡Pobrecilla! ¿A divorciarse?

PABLO ASTIER

El divorcio por amor. Napoleón y Josefina.

CHEMINEAU

Con la diferencia de que...

PABLO ASTIER

Que Josefina era todavía guapa.

CHEMINEAU

Y que él era Napoleón.

PABLO ASTIER

¡Bah! Para la mujer que ama, el hombre amado es siempre Napoleón. Sí, sí, me he manejado mal, con una mujer ena-

morada como era... No he puesto el pie en el pedal que debía...; pero, en fin, aún es tiempo... no tengo más que ir á buscarla.

CHEMINEAU

¿Cómo?... ¡Después de lo que ha sucedido!... Esas escenas terribles, el escándalo de vuestro rompimiento, de ese destierro en pleno invierno... ¿Crees que volverá?

PABLO ASTIER

¡Sí me ama, sí!

CHEMINEAU

¿Y volveréis á vivir juntos?... ¿Cuánto tiempo?

PABLO ASTIER

El tiempo necesario.

CHEMINEAU

Pues, hijo, yo en tu caso tendría miedo.

PABLO ASTIER

¿De ella?... *(riendo.)* ¿Una venganza corsa?

CHEMINEAU

No; de ti mismo... Veamos; vuelves á hacer vida común con ella. Supongamos que no consigues tu objeto...

PABLO ASTIER

¡Lo conseguiré!

CHEMINEAU

Pero supongamos que no... Que ella se mantiene firme y que no transige con el divorcio.

PABLO ASTIER

¿Y qué?

CHEMINEAU

Mira, aquí tienes el último libro de Herscher, ¿no lo has leído?

PABLO ASTIER *(con tono despreciativo).*

No.

CHEMINEAU *(cogiendo el libro y leyendo el título).*

Lebiez y Barré.—Dos jóvenes franceses de nuestros días. Es la historia—ya sabes—de esos jóvenes que asesinaron á una vieja, á una lechera...

PABLO ASTIER

¡Ah, sí, por unos cuantos ochavos!... ¡Imbéciles! La verdad es que sus cabezas no valían mucho más. ¿Pero qué tenemos que ver con ese par de canallas?

CHEMINEAU

¡Canallas! No tanto, hijo. Dos muchachos como tú y como yo, dos amigos de colegio, educados, inteligentes, pero de manga ancha... y darwinistas hasta la medula de los huesos... Uno de ellos tuvo el valor, después de cometido el crimen, de dar una conferencia en la sala de Arras, acerca de la lucha por la vida. ¡El fuerte se come al débil!... Toda tu doctrina. (*Variando de tono.*) ¡Qué lazo, hijo mío, son esas fórmulas científicas!... (*Bajando poco a poco la voz.*) ¡Cómo se resbala con ellas, cómo se deja uno coger... como se dejaron coger ellos!

PABLO ASTIER

¡Bah!... ¿Estás loco?

CHEMINEAU

Sí, ya sé, ya sé... los principios... el honor... la conciencia...

PABLO ASTIER

¡Más que todo eso!... Mi ambición... Me citas los nombres de dos miserables, de dos descamisados que no veían más allá de su deseo de satisfacer inmediatamente sus necesidades; yo soy de otro tiempo, amo el poder, quiero llegar muy alto, ¿me oyes? ¡muy alto! Disponer á mi antojo de los acontecimientos y de los hombres. ¡Iba yo á resbalar para malograr todos esos planes! (*sonriendo*). Estoy seguro de mí mismo, suceda lo que suceda. Vamos á ver (*reflexionando*). Hoy, sesión; mañana, Comisión de presupuestos. Ven el domingo por aquí y te encontrarás con mi mujer.

CHEMINEAU (*cogiendo el sombrero*).

Permíteme que lo dude... porque acabo de llegar de Mousseaux (*Estremeciéndose.*) Llaman, Pablo (*señalando á la alcoba*). ¡Por ahí!

PABLO ASTIER

¡Toma! Olvidaba que estaba la otra ahí dentro... (*Chemineau hace un movimiento para retirarse.*) Espera, vas á tomar una lección.

ESCENA IX

DICHOS, LIDIA (*en traje de calle con sombrero; vestido elegante, pero sencillo*).

PABLO ASTIER

Entra, puedes entrar... es Chemineau.

CHEMINEAU

Un amigo de la infancia de Pablo, señorita.

LIDIA (*sonriendo*).

Conozco á usted mucho, caballero.

PABLO ASTIER

Hija mía, nos encuentras un poco emocionados. Acaba de sucederme... Tengo una cosa que decirte...

LIDIA

¡Dios mío! ¿Qué es ello? (*Lo mira asustada.*) No, no me lo digas. No me digas que todo ha terminado.

PABLO ASTIER

Terminado no... todavía no...; pero tenemos que tomar grandes precauciones. El Sr. Vaillant acaba de salir de aquí con Antonino.

LIDIA

¡Mi padre! ¿Lo sabe todo?

PABLO ASTIER

No, creo que no; por lo menos su visita

tenía otro pretexto: la renovación del contrato de arrendamiento de los Causade; pero esa coincidencia de haber venido aquí los dos, ciertas miradas que Chemineau cree haber sorprendido, ¿no es verdad, Chemineau? (*Movimiento afirmativo de Chemineau.*) Confieso que me han dado miedo. Por ti, por mí... por la situación en que estoy.

LIDIA

¡Y por él! ¡Pobre padre mío!...

PABLO ASTIER

Debemos dejar de vernos durante algún tiempo.

LIDIA

Pero allí... ¿En nuestra casa?

PABLO ASTIER

¿En la Avenida Gabriel?... Menos que en ninguna otra parte. Precisamente en

la madriguera es donde con más facilidad se caza.

LIDIA

Al menos podré escribirte.

PABLO ASTIER

A la lista de Correos, sí. Cuento con ello.

LIDIA (*en voz baja, con ternura*).

Ya no pensarás más en mí... ¡malol!

PABLO ASTIER (*abrazándola*).

¿Y en quién quieres que piense? (*Mirando á Chemineau.*) ¿No eres la única estrella que brilla para mí en el cielo?... ¿la flor de mis amores?

LIDIA (*radiante á medida que oye esas palabras*).

Sí, sí, yo soy la mala, Pablo mío... Te creo, tengo fe en ti (*apasionada y gozosa*).

sa). Hasta la vista... hasta la vista... que sea pronto...

(Vase por la puerta de la terraza que da al jardín.— Pablo Astier, que le ha acompañado hasta la puerta, permanece allí un momento y vuelve al lado de Chemineau.)

ESCENA X

PABLO ASTIER.—CHEMINEAU

CHEMINEAU

¡Es hábil!

PABLO ASTIER *(sonriendo)*.

¿Lo ves?

CHEMINEAU

Con dos palabras, porque ni siquiera han sido tres; pero es necesario saber decirlas: flor... estrella...

PABLO ASTIER

Y, sobre todo ¡no hay que reirse! Hasta la vista, amigo Chemineau. ¡El domingo almorzarás aquí entre Napoleón y Josefina!

